

MIERCOLES 9 JUNIO

1852.

SE SUSCRIBE

EL DIARIO ESPAÑOL

MIERCOLES 9 JUNIO

1852.

SE SUSCRIBE

POLITICO Y LITERARIO.

en Madrid en las oficinas de El Diario Español, calle del Carmen, núm. 32, y en las librerías de Monter, Carrera de San Jerónimo; Gesta, calle Mayor; Villa, plazuela de Sto. Domingo, y Oliveres, calle de la Concepción Gerónima, núm. 43.

PRECIO DE SUSCRICION. Un mes... 12 rs. Tres meses... 36

provincias en las principales librerías y administraciones de correos y por medio de libranza, franca de porte, al Orden del administrador de El Diario Español.

PRECIO DE SUSCRICION. PROVINCIAS... Un mes... 20 rs. Tres idem... 60

Cas nos atrevíamos a pronosticar, sin temor de que os hechos vinieran a argüirnos de falsos profetas, que el Orden no aceptaría como propias las ideas verdaderas en el artículo que motivó las consideraciones publicadas en nuestro número del sábado, alarmados por las tendencias peligrosas que de vez en cuando solían manifestar algunos de sus trabajos periodísticos.

El Orden de ayer, queriendo disipar, no solo nuestra inquietud, sino la que probablemente debió excitar el artículo a que nos referimos en el ánimo de los amantes sinceros del gobierno constitucional, hace una distinción entre las opiniones individuales de algunos de sus colaboradores, y las doctrinas que se derivan lógicamente del pensamiento capital del periódico; las primeras sueltas publicárlas, sin que por eso las acepte como propias, y por lo tanto ni puede ni debe ser moralmente responsable de ellas.

En prueba de nuestra buena fé queremos darnos por satisfechos con las esplicaciones del Orden, en cuanto al origen del artículo que nos ocupa, y prescindir de algunas objeciones que en este momento se nos ocurren. Quedamos conformes en que el Orden no cree que la monarquía, sin mas aditamento que las municipalidades, sea la única base de nuestra constitucion política, ni que de no llevar a efecto las reformas en ese sentido sobrevendrán terribles catástrofes ni serios conflictos, ni que el país está cansado, no solo de la prensa, sino hasta de las discusiones pacíficas de la tribuna; estamos conformes en todos estos puntos, y queda sentado de hoy para siempre que entre el Orden y el articulista del municipalismo, de las catástrofes y de los desinteresados sacrificios no existe esa solidaridad de opiniones, de doctrinas y asociacion que envuelve en una responsabilidad mancomunada a todos los que se asocian para llevar a cabo una empresa periodística en su parte intelectual.

Así, pues, nuestra tarea de hoy queda limitada a examinar la manera con que el Orden, cumpliendo el propósito que hace, desenvuelve la teoría del poder parlamentario. Nuestros lectores se quedarán asombrados si les decimos que, con pequeñas y accidentales variaciones, estamos completamente de acuerdo con las doctrinas de nuestro colega. Mas ¿saben nuestros lectores por qué? Porque el Orden se concreta a enunciar generalidades, porque el Orden se ciñe a consignar deseos que todos tenemos, porque el Orden cree que con manifestar que quiere un parlamento sabio, prudente, sensato, enemigo declarado de los gabinetes ineptos, y sostenido decidido de los gobiernos aptos, fuertes y probos, ya ha llenado plenamente el compromiso contraído. Pero no es esto solo lo que el país, los partidos y las opiniones tienen derecho a reclamar del Orden; no bastan generalidades con las cuales todo el mundo, incluso los absolutistas, estarán probablemente conformes; es necesario enumerar, esplanar, justificar los medios para la consecucion de esos tan deseables fines. Si para alcanzarlos son precisas reformas, y reformas graves, que nos diga el Orden cuáles sean esas, y de este modo podremos discutir en términos tales, que si no resulta el convencimiento mutuo, se consiga plantear la cuestion en términos claros y determinados.

Que el parlamentarismo puede dar lugar a inconvenientes y abusos, no lo negamos, porque este es el patrimonio de todas las cosas humanas; pero

qué razon hay para que al parlamentarismo se le exija la perfeccion absoluta, cuando nadie hasta ahora ha pensado en ser tan difícil con las demas instituciones? Lo decimos francamente, tanto rigorismo por una parte y tanta indulgencia por otra, nos infunde sospecha acerca de la sinceridad del sentimiento de benevolencia con que algunos afectan mirar el régimen constitucional. Este sistema no pretende ser ni mas ni menos que las diferentes formas de gobierno que han existido y existirán; expresión política de un estado social en una época dada, tiene que reunir en su seno los vicios y las virtudes, las ventajas y los inconvenientes de la civilización que representa. La educación, las costumbres, los hábitos políticos; he aquí los verdaderos, los únicos medios de corregir los defectos de los parlamentos y de hacer al mismo tiempo mas dóciles y menos contumaces a los ministros. Por mas que se diga, desde el año 54 hasta la fecha, habíamos hecho notables progresos en la aplicacion y en la práctica del sistema representativo, progresos que naturalmente irian en aumento si circunstancias impensadas no hubieran venido a entorpecer su saludable desarrollo.

Es necesario ser justos y distribuir la responsabilidad entre los que deban compartirla. ¿Se atreverá, por ventura, a sostener el Orden, que de todos los conflictos que aqui han sobrevenido es justificable el parlamento? ¿No cabrá en esa responsabilidad una parte, siquiera sea pequeña, a los ministros? Se habla mucho de los yerros, de las culpas y de los pecados de nuestros parlamentos; pero los cargos no se concretan ni se traducen en hechos determinados. Cabalmente, si de la conducta que han seguido quisiera sacarse alguna consecuencia desfavorable para la constitucion, mas bien seria por la facilidad con que se ha prestado a todas las exigencias ministeriales, que por su fiereza en rechazarlas.

En vista de las consideraciones que preceden, ya conocerá el Orden cuál es nuestra opinion sobre la materia, y se convencerá de que es completamente infundado el cargo que nos dirige de escudriñar el pensamiento ageno, al paso que nos encerramos en una prudente reserva. Nosotros preguntamos a los reformistas su pensamiento, porque alguno han de tener cuando encuentran malo lo existente y trabajan por sustituirlo con una cosa desconocida todavía. ¿Cómo puede encerrarse en reserva ni rehuir compromiso de ningun género, el que, como nosotros, dice y sostiene que no hay necesidad de tocar lo establecido, que los abusos corregibles del parlamentarismo se corregirán por sí mismos? ¿Cómo rehuye el compromiso el que no vacila en asegurar, que si el parlamentarismo ha pecado entre nosotros, ha sido por exceso de timidez y de condescendencia, por manifestarse demasiado respetuoso y deferente con el poder ministerial?

Es, pues, impropiciente el cargo de reservado que nos dirige nuestro colega, cualidad que por apreciable que sea no poseemos cuando se trata de manifestar lealmente nuestro sentir. Nos contentamos con lo que existe; no queremos esas reformas importantes en sentido restrictivo, cuya urgencia proclamaba con tanto enardecimiento el articulista del Orden; y si algo hubiera que reformar, no serian ciertamente las facultades de un parlamento que, ó a todo se ha prestado, ó de cuyo concurso ha probado ya la esperiencia que se puede prescindir siempre que se tenga por conveniente.

Ahi tiene el Orden bien explicita nuestra profesion de fé sobre esta interesante cuestion: ¿dará la bondad de darnos la Suya con la misma determinacion y franqueza?

Mal rato debe de haber llevado la España con el artículo de la Esperanza de anoche, que si por una parte es una prueba del ningun fundamento con que habia supuesto combinaciones imposibles, por otra es una confirmacion inocenciosa si se quiere, pero conveniente del hecho por nosotros señalado con la intencion que francamente hemos proclamado, acerca de la marcada y profunda separacion en que hoy se halla de las ideas que al parecer defendía tiempos atrás, y del acuerdo que reina entre sus nuevos principios (los sustentados por la España, después de su célebre juicio sobre la conducta del príncipe Luis Napoleon en los sucesos de diciembre) y los de la Esperanza.

Poco tiempo ha debido en efecto durar a aquel periódico la satisfaccion que parecia experimentar en su primer artículo del domingo, en el que al cabo y después de varios dias de un silencio que tenia mucho de extraño, volvía a anudar el hilo de su polémica con el periódico monárquico. Véase sino en que términos se espresa este en un párrafo del artículo a que nos hemos referido.

«Deponga sus desconfianzas nuestro suspirar colega. Reducidos los principios representativos y los parlamentos al estado en que se hallan, ó esplicados como él los esplica de unos dias a esta parte, nosotros los aceptamos con toda sinceridad. Mas decimos. Si alguno de nuestros habituales lectores no lo hiciera así, desde luego le repudiaríamos por descontentadizo. ¿No faltaba mas, como decía el otro, sino que se llevaran hasta ese punto las exigencias! La libertad de imprenta, que era una de las cosas que mas alarmaba a los monárquicos, ¿qué daño causa hoy, que no se pueda prevenir ó remediar con arreglo a la ley vigente? Las prácticas parlamentarias, ¿con quien se meten? ¿A qué perjudican? ¿qué embarazo causan?»

¿Quiere mas la España? Ahi tiene especificado y terminante, lo que en términos mas generales, pero no menos explicitos, habia dicho ya la Esperanza, y lo que forzosamente nos hizo a nosotros conocer que efectivamente habia andado mucho camino, cuando la Esperanza le salia al encuentro con los brazos abiertos! Por mucho que el periódico monárquico se separase en este abrazo de su antigua actitud, ¿cuánto mas no ha debido separarse la España?

En vista de esto, no comprendemos la especie de rubor, si rubor es, con que la España se obstina en negar lo que todo el mundo ve; ¿no le valdría mas ser franca y reconocer abiertamente que entre ella y la Esperanza no median ya otras diferencias que esas de que tan oportunamente habla el Orden de ayer, y que consisten solo en combatir las cosas, cuando quien las combate no es el llamado a realizarlas, cuestion de personas simplemente? Otro camino le queda: abjurar y entonar el mea culpa. Ciertamente la autoridad de sus palabras perdería mucho si tal hiciera; pero ¿no vale cualquier sacrificio en ocasiones dadas, poder proclamar que se procede por consideraciones desinteresadas y rectas?

En el primer caso, es decir, reconociendo la variacion de sus doctrinas, la España pasaría por el trance amargo, lo reconocemos, de que le acusaran de ser inconsecuente hasta un punto pocas veces visto: en el segundo, si abjurase, se la acusaría de ligera y mudable; otro grado de inconsecuencia.

Como en Constantinopla, y en otro tiempo en muchas ciudades antiguas de Europa, cada ramo de comercio, cada clase de artesanos tiene su barrio especial. En uno están los traficantes en té ó porcelana; en otro los que trabajan en marfil, colocados uno al lado de otro en sus elegantes tiendas, cuyos estantes de madera tallada están decorados con rótulos de letras de oro, con linternas de diferentes colores, con sentencias prácticas tales como estas: No pierdas el tiempo en vanas palabras.—Géneros excelentes, precio fijo.—Me han engañado, desconfío.

Si el astuto chino ha sido engañado realmente, no podrá menos que consagrar una inscripcion a este hecho, que es seguramente para él muy extraordinario. Cuando Pedro el Grande autorizó el comercio de los indios en Rusia, uno de sus consejeros le hizo presente el peligro de que entrase esta raza hábil y activa en concurrencia con sus súbditos. «Dejarlos venir, le contestó el czar; muy finos deben de ser si aventajan a mis rusos.» Pero mas finos que los rusos y que todos los pueblos del mundo son los industriales chinos.

ROLLETIN.

LOS VIAJEROS MODERNOS.

CONTINUACION.

La China es el país mas poblado del globo, y Canton es proporcionalmente a su estension la ciudad mas poblada de la China. Segun Mr. Surr, encierra en su recinto y en sus arrabales un millon de habitantes, sin contar las 300,000 almas que viven acampadas en los barcos en el rio. Fiel a la dinastía de los Ming, trató de resistir la invasion de los tártaros, y después de muchos asaltos fue tomada y reducida a cenizas. Los cronistas refieren que perecieron 700,000 hombres en esta lucha nacional. Sobre las ruinas de la antigua ciudad, glorificada, segun dicen las tradiciones chinas, por cinco géneos divinos que bajaron del cielo para bendecirla, se ha visto reedificar poco a poco, aquella enorme metrópoli comercial.

La ciudad está rodeada de una muralla de tres leguas de circunferencia, y dividida por otra muralla en dos partes, de las cuales una se llama la ciudad antigua, y la otra la ciudad nueva. En la primera reside la guarnicion y la poblacion tártara; en la segunda habita una mezcla confusa de individuos que van a establecerse de todos los puntos del imperio. Por espacio de mucho tiempo ha estado prohibida a los europeos la entrada en estas dos ciudades. Están confinados a un estrecho espacio, entre la muralla exterior y la orilla del rio, con un suelo cenagoso, y no podian, sin espertarse a graves peligros, traspasar el limite, vigilados por una recelosa policía. Desde 1845 tienen mas libertad de movimiento. Pueden aventurarse a recorrer las calles, que presentan un espectáculo bastante curioso; estas son muy estrechas. No circula por ellas ningun carruaje, y hay en ellas, desde por la mañana hasta la noche, tal multitud, que no se puede andar sin ser pisado y molestado por los transeúntes; por los conductores de las sillas de los mandarines ó de los ricos negociantes.

Pero como desgraciadamente por ella el hecho de su triste conversion es demasiado cierto, sea que lo reconozca para mantenerlo, sea que lo reconozca para repudiarlo, hace mal en negarlo, porque con tal conducta, sobre el compromiso irremediable ya en que ha puesto su propia autoridad, compromete innecesariamente su franqueza, esponiéndose a la sospecha de que carece de eso que ahora se llama el valor de las opiniones y de las aspiraciones.

No creemos que nos sea necesario, porque en efecto no lo merece, rechazar la especie de que defendemos el parlamentarismo, en el vicioso sentido de esta voz, cargo que aunque no nos nombra, nos dirige la España. Esto no es serio; defender los vicios de una cosa por el prurito de defenderlos, seria un despropósito que no entra, francamente, en las miras de nuestra empresa política, como no puede entrar en las de ninguna persona sensata. Lo que nosotros queremos y está bien claro, es que, en efecto, se purgue el sistema representativo de los vicios que constantemente le han maleado entre nosotros; pero que se haga para devolverle toda su energia, para restablecerlo en toda su pureza, y no para reducirle a una existencia ilusoria. Y en cuanto a los medios, que no se eche mano de otros que no sean los racionales y los legales, porque nos parecería siempre malísimo sistema cortar de raíz un árbol arraigado ya, por mas que se diga, aun cuando se abrigase el propósito de plantarlo de nuevo.

Desengáñese la España, en los tiempos que corremos no sirven ya las mejores combinaciones retóricas, ni aun la erudicion bíblica y antigua (a que tan aficionada se muestra) para mudar la significacion de las cosas: ¿A quien pretende hacer creer que nosotros defendemos los vicios que aqui han adulterado el régimen parlamentario? ¿No comprenden que los que ven clara su metamorfosis son los mismos jueces de nuestras ideas y de nuestra conducta? ¿Acertarian con respecto de ella, a pesar de la insistencia con que niega, y se equivocarian con respecto a nosotros? Desengáñese otra vez la España; toda la retórica del mundo no es poderosa a probar que el sol no alumbrará.

Hace algun tiempo tuvimos conocimiento por el Comercio de Cádiz del establecimiento de una línea española de vapores, que tocando en las islas Canarias y en algunos puntos de nuestros puertos del Mediterráneo, terminase en Marsella, enlazándose de esta manera con las otras extranjeras que cruzan por las costas de Italia y del mar Adriático. Ayer vimos confirmada esta noticia por un anuncio que se nos remitió para su insercion, y que nuestros lectores verán en su lugar correspondiente. Debemos manifestar antes de proseguir, que nos parece de la mayor conveniencia y utilidad pública los esfuerzos que se hagan para el aumento de nuestras comunicaciones, ya sean interiores como marítimas, y que bajo este punto de vista nos felicitamos por el establecimiento de esta nueva línea de buques de vapor.

Pero al mismo tiempo, y cuando no podia haber circulado en Inglaterra el Comercio a que nos referimos, leimos en el Times y otros periódicos de Londres, en su correspondencia con las islas Canarias, escrita a mediados del último mes de mayo, la llegada a Santa Cruz de Tenerife del vapor español

lo que felizmente no se ve en Europa, de un gran número de libros obscenos, cuya libre circulacion está permitida. Pero al lado de estos bochornosos folletos, indicio de la mas profunda depravacion, ven la luz pública todos los años obras recomendables. Los escritos de Confucio y los tratados de los antiguos filósofos continuamente se están reimprimando, y nuevos escritores entienden sin cesar el dominio de la literatura seria. El emperador Khian-Loung habia reunido, dice Mr. Surr, en su biblioteca ciento setenta y siete obras sobre la historia de la China, y se calcula que la biblioteca del emperador actual contiene dos millones y medio de volúmenes. Cuando los chinos se ponen a hacer obras, no se quedan cortos. Los enciclopedistas del siglo XVIII, con todo su orgulloso saber, todo su ardor filosófico, no produjeron mas que veinte y ocho volúmenes en folio. ¿Qué miseria! La enciclopedia china se compone de seis mil volúmenes. Para comodidad del vulgo se ha hecho un modesto compendio de cuatrocientos cincuenta volúmenes.

En esta increíble tarea de los escritores y de las impresas, en este océano de libros, la prensa periódica está reducida a muy estrechos limites. El sublime emperador de la China, el hijo del cielo, no ha tenido todavía la dicha de ver todas las mañanas militares de periódicos que discutan los actos de su gobierno, ni a los funcionarios destituidos de sus destinos, ni a los candidatos al grado de mandarín defraudados en sus esperanzas erigrise en jefe de sus ministros, condenar sus decisiones y desautorizar con amable satisfaccion las teorías de otro sistema administrativo. Tales cosas están reservadas a los pueblos que aspiran a alcanzar el apogeo de la civilizacion.

En toda la estension del imperio chino no existe mas que una gaceta, publicada en Pekin, una modesta y pacífica gaceta, que no admite ni el vituperio ni la discusion, que no hace mas que anunciar al pueblo los nombramientos de los funcionarios, los resultados de los exámenes y los decretos del emperador, cuyos decretos son ejecutados sobre la marcha. En cierto dia

del año el poderoso periódico anuncia que ha llegado el verano, y asi en el Norte como en el Mediodel imperio, sea cualquiera la temperatura de esta ó la otra provincia, luego que se promulga el soberano decreto, todos los chinos deben dejar su gorro de fieltro y sus abrigos, y tomar el vestido de verano. Seis meses después se publica el mismo decreto para el invierno, que se obedece del mismo modo. El despotismo asiático deja siempre muy atrás al despotismo de Europa; no solamente dispone de la suerte de los hombres, sino que manda a los elementos y arregla las estaciones.

A pesar de la severa policía establecida en Canton, tanto para vigilar a los indigenas como a los extranjeros, a pesar de las precauciones tomadas para proteger la ciudad de las maquinaciones de los malhechores, a pesar de las centinelas que vigilan constantemente e lo mas alto de una torre elevada, con cierto instrumento al lado para dar la señal de alarma en caso de incendio, frecuentemente los ladrones, los intrépidos ladrones chinos, logran pegar fuego a un barrio para sacar su botín en el desorden. En el seno de aquellas calles estrechas, en aquella aglomeracion de casas, construidas a la ligera, y llenas en su mayor parte de materias inflamables, el fuego encendido por el deseo desordenado hace en poco tiempo estragos terribles. En 1842 uno de estos incendios devoró tres factorías europeas y 95,000 habitaciones chinas. En 1844 hubo otro incendio en un teatro, comunicó las habitaciones vecinas, y segun dicen, perecieron en él 2000 personas. El virey de la provincia es responsable de estos accidentes, y se castiga segun la estension del desastre. Si se queman mas de diez casas en el distrito de su gobierno, pierde un mes de sueldo; si treinta y una, pierde el sueldo de un año; si sesenta y tres, desciende un grado en la jerarquía administrativa. Si pasan de este número se espone a perder el destino, que merece la pena de conservarlo, pues sus emolumentos ascienden a 15,000 taels (115,000 rs.) al mes.

Este incidente no recuerda el importante asunto de nuestras comunicaciones trasatlánticas; creemos que cada dia apremian mas las circunstancias, y que, aproximándose el término que el gobierno fijó como vía de ensayo para calcular si conviene ó no al estado continuar con la línea de vapores que ahora hacen la travesía de Cádiz a las Antillas Españolas, se hace indispensable que esta cuestion vuelva a suscitarse, prometiendo nosotros por nuestra parte esponer nuestras ideas como debemos hacerlo en materia tan interesante para el país y sus relaciones comerciales.

No somos cándidos admiradores del abate Gioberti, como nos llama la Esperanza; pero si justos apreciadores de sus dotes filosóficas, religiosas y aun políticas. La calificacion de demagogo que le aplicó la Esperanza, nos pareció demasiado dura, y sobre todo inmerecida, tratándose de un liberal tan moderado como Gioberti, y al cual solo el amor excesivo hacia su patria pudo haber hecho incurrir en algunas faltas y cometer yerros que no justificamos, pero que disculpamos.

Como quiera que sea, y por si la Esperanza insistiese en sus insinuaciones sobre nuestro respeto a las cosas que por todos deben ser respetadas, diremos a nuestro colega que nadie acata mas que nosotros, que nadie profesa mas profundo respeto que nosotros a la Iglesia, cuyos fervientes hijos somos, y a su cabeza visible en la tierra. En este punto no admitimos ningun género de interpretacion que tienda a poner en duda la firmeza y la sinceridad de nuestras creencias.

Las breves observaciones con que encabezamos el domingo el manifiesto del Sr. Mendizabal y su contestacion al Orden y a la España, publicada en el Porvenir de Sevilla y en la Actualidad de Barcelona, han dado lugar al comunicado que insertamos al pie de estas líneas.

El Sr. Mendizabal se defiende en él de los cargos que pudieran dirigirsele por el hecho a que aludia en el primer documento, de haber ejercido durante su primer ministerio la dictadura; y esplica con este motivo el sentido de aquella frase, que debió parecerse a primera vista censurable, y que nunca debia serlo como en las circunstancias presentes. Efectivamente, tiene razon el Sr. Mendizabal, y nuestra franqueza de adversarios leales se complace

(Se continuará.)





